



ARANDA DECIMONÓNICA EN EL ESPEJO DE LA LITERATURA.
César A. Ayuso Picado

La historia siempre sopla de costado. Los hombres que la escriben lo hacen al sesgo, no podría ser de otra manera. La suma de miradas y corazones da ese puzzle que es preciso descifrar por quienes vienen después. La literatura no es la historia, pero es historia; no va de frente, más bien rodea; sin embargo, insufla vida, presta calidez al latido de las vidas ya para siempre petrificadas, y hace comprender la historia si no en la derechura de su letra sí en la vibración de su espíritu. Sobre la Aranda decimonónica y su entorno comarcano hemos leído tres libros que, cada uno a su modo, son de gran interés para conocer más algunos retazos del siglo y captar mejor los aires que sus gentes respiraban. Uno es una obra de ficción que no desdeña los apuntes del natural; otro un libro de memorias escrito por un testigo relevante; el tercero una evocación costumbrista escrita al alimón por dos autores. Son puntadas en el tapiz de la historia, en una u otra dirección, que contribuyen a llenarla de colorido.

I

En aquel pueblo castellano, pardo, terroso, de casas de madera y adobes, había un hombre que vivía con la misma energía que un ciudadano de una república italiana del Renacimiento, o que un vecino de París en tiempo de la Revolución. Era don Eugenio de Aviraneta, que llevaba bajo su cráneo, ancho y espacioso, un mundo de intrigas, de maquinaciones, de sueños de ambición y poder...¹

En el "Prólogo" de **Con la pluma y con el sable** lo que se da es una escena supuestamente captada a las doce de la mañana del domingo 3 de julio de 1820 en la plaza, justo cuando esta se

hallaba concurrida con la gente que había salido de misa de Santa María "y el señorío, los menestrales y los aldeanos de los contornos se refugiaban en los porches, huyendo de las caricias de Febo, que apretaba de lo lindo. Este soportal, donde se paseaban los arandinos, se llamaba la Acera".

En esta época, la ciudad, dice, "no llegaba a las cinco mil almas, pero tenía algún movimiento, cierta vida". Tras el desastroso panorama dejado por la guerra de la Independencia, la villa había trabajado para reconstruirse y sentía deseos de renovación y mejora: "Había allí fábricas de hilados y tejido de lino, de cáñamo y mantelería para el consumo de la comarca; de curtidos, de cerámica, de cordelería, de alpargatas... La agricultura estaba relativamente próspera"². Todo ello lo justifica porque existía un núcleo de arandinos cultos, de ideas liberales, que habían impulsado un programa de actividades industriales y mejoras agrícolas. Cita a las familias ricas e importantes de los Flores Calderón, los Moreno, los Verdugo, los Mansilla.

Pero la novela se centra en el personaje y los escenarios en los que actúa no dejan de estar supeditados a su actuación. Al final del Prólogo lo describe así:

En esto salieron del arco del Ayuntamiento y aparecieron en la Acera dos oficiales de la Milicia, llevando en medio a un regidor. (...)

El regidor llevaba casaca oscura de color castaña, con cuello de terciopelo y corte militar,

¹ *Obras Completas*, III, Biblioteca Nueva, Madrid, 1947, p. 424.

² *Ibidem*, p. 385.

medias negras de seda, pantalón de nanquín y chaleco rojo, a lo Robespierre.

Este regidor era pequeño, rubio, de nariz larga, de mirada atravesada y dura y los ojos azules. Llevaba sombrero redondo y su mentón desaparecía dentro de la corbata, de varias vueltas.

Andaba muy tieso, muy firme, con la mano derecha puesta en la abertura del chaleco, en una actitud napoleónica.

*-¡Aviraneta! ¡Aviraneta! —dijo la gente al verle.
-Tiene cara de masón —murmuró una vieja.
-De masón y de judío —añadió otra.
-Y es bizco...
-Para que sea bueno, ¡Bizco y rojo!...
-¡Jesús, qué horror! Yo creo que debe ser protestante, lo menos. ¿Ha visto usted qué mirada nos ha echado, señora Manuela?
-Ese hombre no puede pensar nada bueno. Tiene facha de renegado, de algo prohibido...*

Pasaron el regidor y los dos oficiales³.

En el primer capítulo nos dice que pocos meses antes Aviraneta había salido de la mejicana Veracruz, frisaba los veintiocho años. “Su pelo, rubio, comenzaba a clarear y le preparaba una calvicie prematura. Aviraneta tenía aplomo y sabía dominarse. Vestía con elegancia un poco siniestra, que le daba aspecto de viejo”⁴.

A pesar de que dijo que, debido a la influencia ejercida en la comarca por el Empecinado, “era el único pueblo de la provincia con un núcleo liberal importante; todos los demás, comenzando por la capital, por Burgos se sentían furiosamente absolutistas”⁵, la verdad es que la masa popular, la mayoría, era contrario a las ideas representadas

por Aviraneta y era propicio a la tradición defendida por el cura Merino, en quien confiaban y al que tenían por adalid y defensor beligerante de sus ideas. Lo deja claro en las conversaciones del prólogo y en comentarios de capítulos posteriores.

En el capítulo “La moral del tirano” es donde bosqueja la etopeya o retrato moral y anímico de Aviraneta. Hombre de acción, volcado en la aventura y el azar, vivía intensamente la actualidad e ignoraba el pasado. Constantemente, nos dice el relator, “estaba rompiendo el tejido de preocupaciones que forma la vida estancada alrededor del hombre”, descomponía la tradición y se hacía la ilusión “de que su empuje demoledor, su acometividad de revolucionario, iba abriendo una brecha en la vieja fortaleza de la España arcaica”⁶. Dinámico por naturaleza, se crecía ante las dificultades y era un optimista que ponía su fe en un futuro pletórico. Encarna la moral del héroe. Del superhombre nietzschiano. Actuaba sin más y, acertase o no, los remordimientos no le perturbaban. Tenía una conciencia fuerte; digería todas sus acciones y no se acordaba de ellas. Sólo le importaba la habilidad con que había capeado las dificultades.

La voz del narrador es implacable, tras este retrato aparentemente de una pieza, sentencia: “Aviraneta creía que trabajaba para los demás, pero en el fondo trabajaba para sí mismo, no por sentido utilitario práctico, sino porque era un coleccionista de empresas difíciles y peligrosas”⁷.

Aviraneta cree en el progreso y trabaja por él, en este caso en el de Aranda: limpiar el pueblo, drenar sus calles, mejorar la higiene y la sanidad, abrir escuelas, plantar árboles...; pero para el escéptico Baroja, hacer y no hacer es lo mismo, trabajar por una idea y combatir la contraria no

³ *Ibidem*, p. 389.

⁴ *Ibidem*, p. 390.

⁵ *Ibidem*, p. 386.

⁶ *Ibidem*, p. 422.

⁷ *Ibidem*, 424.

supone avanzar sino simplemente pasar el tiempo: la historia se repite, el tiempo es cíclico: desgracias, ideologías, deseos..., todo se repite, según el estrafalario erudito Sorihuela, que alimenta su visión fatalista en la historia de las civilizaciones pasadas. La conversación entre el tirano y el sabio carcamal no tiene desperdicio, pues en este diálogo de confrontación de ideas y visiones del mundo, la mentalidad progresista de Aviraneta se ve refutada punto por punto por la visión egocéntrica, alicorta y continuista, profundamente anárquica y relativista, del filósofo rancio. Dice este, viendo en la utopía ilustrada su propio gusano: “¡Qué ilusión más absurda! Cuanto más cerca está un país de su esplendor, está más cerca de su ruina. Se multiplican las necesidades, vienen nuevas angustias, nuevos dolores, nuevas preocupaciones...” (¿Posmodernismo avant la lettre? Más bien la semilla de Schopenhauer).

Para el misántropo Sorihuela, Aviraneta no era un ambicioso, como todos los que querían medrar a costa de cambiar las formas de vida y las costumbres del pueblo; era, nada más y nada menos - y así se lo dice a la cara- “un canalla”. El regidor le responde:

“Me conmueve esta opinión halagüeña que tiene usted de mí, señor de Sorihuela. ¿De manera que, según usted, no se debe protestar contra lo malo, y cuanto peor está la sociedad está mejor? Así es que vengan las calles sucias, la falta de agua, la falta de escuelas, la peste... Vengan frailes bien puercos, sacristanes, legos, donados, demandadores de monjas, pordioseros, ermitaños; paguemos diezmos y primicias a la Iglesia de Dios, y sufragios para las benditas ánimas del purgatorio, y viva la viruela, el tifus y las lacras... Es usted gracioso, señor de Sorihuela”⁸.

⁸ *Ibíd.*, p. 421.

⁹ *Ibíd.*, p. 414.

¹⁰ Como muy bien dice Pascual Izquierdo, en esta novela el autor proyecta simbólicamente Aranda “como síntesis política de España”. Ver su artículo “La Ribera del Duero en la literatura española. Presencia, significación y sentido”, *Biblioteca*, 10, Aranda de Duero, 1995, p. 221.

¹¹ *Ibíd.*, p. 410.

El pueblo pensaba como el viejo atrabiliario. La percepción del advenedizo que rige sus destinos era, según el narrador, esta: “El regidor era para algunos arandinos un enigma; para otros, el enemigo del pueblo, y a muchos no les hubiera chocado verle la punta de la cola por debajo de la capa y despedir un olor penetrante de azufre”⁹. Enraizados en sus usos ancestrales y acomodados a una vida de rutina, amparada en la religión y sus fetiches, el grueso de los arandinos no querían saber nada de cambios y reformas sociales. Atizados por un clero insolentado por la pérdida de privilegios y las nuevas ideas revolucionarias que quitaban protagonismo al poder y los rituales de lo sobrenatural, manifestaban resistencia y odio a los paladines de las nuevas ideas. No es ello sino la fiel puesta en escena de las dos Españas -liberales y absolutistas en este caso- capaces de helar el corazón de sus ciudadanos en su irreductible enfrentamiento¹⁰.

Había hablado de plutócratas liberales, pero no puede silenciar a los reductos inmovilistas que promueven la oposición y el rechazo de cuanto representa Aviraneta y desplegar sus estrategias para acometerle y desprestigiarle. “Desde la promulgación de la Constitución, el partido absolutista de Aranda, formado por el clero y dirigido por un señor Del Pozo, iba tomando cada vez más fuerza. (...) El señor Del Pozo, en unión de un propietario rural, don Narciso de la Muela, absolutista furibundo, iba organizando la contrarrevolución. Los curas, el secretario del Ayuntamiento, el fiel de fechos Santa Olalla, el alguacil Cabello y otros formaban la Junta realista, que por días iba haciéndose más poderosa”¹¹.

Pero lo que es más importante -si es que damos crédito a la ficción barojina-, estos enemi-

gos logran meterse como caballo de Troya en la familia amiga del juez don Francisco Auñón y apartarle del amor de Teresita, que, indiferente a los halagos del conspirador y escandalizada de su mala vida, acaba por entrar en religión en el remate de la novela. El cura don Víctor, que se distinguía por sus sermones anticonstitucionales, con la ayuda de la beata doña Cleofé -la fisiología más burdamente corrosiva que de personaje alguno hace Baroja en la novela- son quienes le malmeten en aquella familia.

Aviraneta llegó a Aranda con un alto sentido del deber y con celo trabajó por dar lo mejor de sí de acuerdo con sus ideas, pero se puede decir, a tenor de lo relatado, que fracasó en lo civil y en lo sentimental y abandonó la ciudad sin pena ni gloria y aquella "Casa de la mujer muerta" que había comprado y transformado.

Dejó escritas Pío Baroja unas sesenta y seis novelas, de las cuales veintidós corresponden al ciclo histórico que denominó *Memorias de un hombre de acción* y en el que estuvo ocupado entre los años 1912 y 1934. No se metió en esta gran empresa sino en lo que los críticos reconocen como la segunda etapa de su producción, una vez que ya había dado a la imprenta los títulos que a la postre serían reconocidos como los más importantes de su narrativa, a saber: *Camino de perfección* (1902), *La busca* (1904), *Zalacaín el aventurero* (1909), *El árbol de la ciencia* (1911) y *Las inquietudes de Santi Andía* (1911). Puede decirse que en estas grandes novelas el escritor de Vera de Bidasoa se había planteado el sentido de la vida humana, cómo hacer frente a la existencia desde el hastío y la ausencia de una causa a la que entregarse sus protagonistas en vida para sentirse felices y realizados. En la segunda etapa, en cambio, en la saga de Aviraneta, parece soslayar -ante la falta de una respuesta convincente- el problema existencial y se

abandona a la mera narración de aventuras del antepasado elegido como protagonista como único modo de captar la vida en su cúmulo disparatado de acontecimientos externos en la azarosa sucesión de la historia, en la que el hombre se mueve como un pelele sin otro cometido que resistir.

A través de este activo y enredador personaje que es Aviraneta, reconstruye Baroja una etapa convulsa del XIX español. *Con la pluma y con el sable* hay que situarla en ese intervalo de años llamado trienio liberal, etapa histórica esta de las mejor estudiadas al ocupar la atención de cuatro novelas, la primera de las cuales es la que se inicia con el conspirador rigiendo los destinos de Aranda.

Puede calificarse esta saga de Aviraneta como relato histórico (subgénero este narrativo que tuvo su eclosión en el romanticismo y que llevó a su culminación Pérez Galdós en *Los Episodios Nacionales*), pues Baroja se inspira en la historia para levantar un mundo de ficción teniendo como base la vida de un dinámico y turbulento personaje que contaba entre sus antepasados y del que oyó referir peripecias y viajes a sus padres y parientes¹². Partiendo de estas fuentes orales, quiso indagar más para reconstruir la vida del personaje y dedicó no poco tiempo y esfuerzos a reunir información de todo tipo sobre el mismo, acudiendo a fuentes documentales y a los libros de historia, principalmente a lo escrito por Antonio Pirala a propósito de las guerras carlistas, y también consultó la prensa del tiempo y revolvió en los archivos. Y, sobre todo, dispuso de unos folletos publicados por el propio Aviraneta sobre ciertos episodios de su vida y otros papeles inéditos que el médico novelista tuvo la suerte de encontrar en almoneda¹³.

En la ficción se nos dice que Aviraneta vino a Aranda como consecuencia de la buena relación

¹² El capítulo "El tirano de Aranda" del único volumen síntesis titulado *Aviraneta*, es una resumen de lo expuesto sobre el conspirador en esta obra que tiene a Aranda como escenario mayor.

¹³ Carlos Longhurst: *Las novelas históricas de Pío Baroja*, Madrid, Guadarrama, 1974, pp. 23 ss.

que mantenía con El Empecinado, el cual le confió en el pronunciamiento de Riego a principios de 1820 la organización del nuevo régimen en Aranda. En esta plaza asumió los cargos de regidor primero y teniente de la Milicia voluntaria de Caballería y comisionado del Crédito Público después, lo que le convirtió en “el amo del pueblo”. La Milicia tenía como misión atajar el bandolerismo que, tras la guerra de la Independencia, había crecido en España, de tal modo que viajeros y campesinos estaban a merced de estas cuadrillas. En cuanto al Crédito Público, se trataba de inventariar y administrar los bienes enajenados a monasterios y conventos clausurados por no tener el número de 28 profesos estipulado por ley, así como de controlar y poner en usufructo los terrenos comunales que poseían los ayuntamientos. Aunque cada uno de estos cargos le ocasionaba mucho trabajo y múltiples molestias, él se daba por satisfecho al ostentar la preeminencia y dirección¹⁴. Y aún más, tal era su celo, que tenía el nuevo régimen “como una cosa suya personal” y velaba porque los decretos de Cortes se hicieran cumplir en toda la comarca y la Constitución se jurase en todos los Ayuntamientos. Además de regidor y oficial de caballería, “hacía de intendente, llevaba las cuentas, se encargaba del armamento y de solucionar la serie de dificultades económicas que se presentaban”.

Hasta qué punto es todo ello cierto, es difícil de precisar. Por documentos, se sabe que Aviraneta tuvo su sede en Aranda mucho antes de ese año. Marcel Bataillon, auscultando legajos inquisitoriales, encontró una denuncia puesta contra él por una monja de Aranda el 9 de agosto de 1817 por “ciertas palabras escandalosas” que le oyó pronunciar en 1815 cuando era administrador del Crédito Público en el pueblo. En ella se dice que era el denunciado hombre soltero, de entre veintiocho y treinta años. Sor Juana de Santa

María, religiosa de San Antonio, le denuncia a instancias de su confesor por haberle oído “expresiones de poco decoro en el debido obsequio a nuestra sagrada religión, especialmente graduándola en términos formales y materiales de *superstición*”. Aún volvería dos años después, en 1819, a declarar la misma religiosa: “ignoro cuál sea su modo de pensar, pues tan solamente le vi una tarde. Habló Aviraneta con mucha calma, sin enardecerse...”. De ello deduce Bataillon que nuestro protagonista no alcanzó su puesto como fruto de las revueltas liberales, sino que desempeñando el cargo desde mucho antes con astucia, en todo caso lo conservó en los años del nuevo régimen constitucional¹⁵.

Lo que sí parece haber tenido en cuenta Baroja es una hoja de servicios hallada sobre el personaje en la que se da noticia de la carrera oficial de aquellos años, particularmente las dos comisiones que recibió para perseguir a las guerrillas absolutistas que operaban en la provincia de Burgos al mando de Merino y Barrios, una en 1820 y otra al año siguiente. Detalles y adornos aparte, a grandes rasgos, ello coincide con lo que cuenta Baroja en los Libro tercero y cuarto de la novela, cuando el jefe político de Burgos le llama por dos veces para ordenarle la persecución de los cabecillas absolutistas, debido a su antigua condición de discípulo de Merino y su buen conocimiento de la sierra burgalesa. En la primera misión logra apresar al cura Merino, pero este es perdonado por las autoridades liberales y tiempo después éstas han de pedirle que vuelva a prestar sus servicios ante los nuevos ataques de aquél, aunque esta vez al mando del admirado Juan Martín El Empecinado.

Estos episodios dan ocasión para que la historia y su protagonista, inmerso en las acciones militares de la guerrilla, se vaya desplazando por distintos pueblos en torno a Lerma, Covarrubias,

¹⁴ *Ob. Com.*, III, p. 409.

¹⁵ El artículo de Marcel Bataillon: “Para la biografía de un héroe de novela: Eugenio Aviraneta”, fue publicado en 1931 en *Revista de Filología Española* y está recogido en *Pío Baroja*, edición de Javier Martínez Palacio, Madrid, Taurus, 1972, pp. 419-422.

Salas de los Infantes... El ritmo de la narración se hace entonces más ágil y vivo. Particular interés revisten las jornadas en el monasterio de La Vid, adonde acude el héroe comisionado por el Ministerio de Hacienda para hacer inventario de las propiedades monacales. El auto de fe con los valiosos libros de la biblioteca para paliar el frío de las noches de invierno y la velada de nochebuena con sus hombres centran la atención de un relato en el que se pone énfasis en las muchas dificultades que encontraba la revolución liberal en aquellos contornos debido a la cerrilidad absolutista de los comarcanos y sus intereses en la rapiña de unos bienes abandonados por la supresión gubernamental de las comunidades religiosas.

A partir de aquí, el tráfigo político de un conspirador incansable como es Aviraneta le llevará a este a irse alejando de Aranda, en distintas misiones por Madrid y Francia, hasta terminar finalmente por cerrar la casa que había adquirido en la villa. Logra transmitir Baroja en esta novela cuya trama Longhurst califica “de reportaje”¹⁶, una visión animada del trienio liberal en la provincia, el tira y afloja entre las dos mentalidades en litigio: constitucionalistas y regalistas, con las pretensiones de reforma y progreso los primeros (la minoría que en Aranda acaudilla Aviraneta) y el inmovilismo y la tradición los segundos (la mayoría del pueblo llano con la instigación abierta o sibilina del clero). Para Longhurst es *Con la pluma y con el sable* “una de las novelas más satisfactorias de la serie en lo que se refiere al logro de la fusión entre historia y ficción”¹⁷. Solía Baroja para preparar sus episodios más importantes pasarse por los lugares que sirvieron de escenario a su héroe, y es muy probable que viniese a Aranda para hacerse una idea exacta de su perímetro y sus contornos, de su plaza y sus calles, que luego describiría con rasgos sobrios pero certeros. Los personajes secundarios que arracima en los primeros capítulos del libro, correspondientes a otros tantos arandinos supues-

tos colaboradores u opositores de Aviraneta, aunque inventados, es probable que fuesen tomados de tipos observados por estas tierras al natural, pues a propósito de *El escuadrón del Brigante* (que trata de las escaramuzas de Merino y sus hombres contra los franceses), dice que los guerrilleros que aparecen en esta novela son tipos vistos en la provincia de Burgos en 1914. Fiel a su método, Baroja presenta, en torno o contra Aviraneta, numerosos arandinos que bosqueja con agilidad y tino, infundiéndoles rasgos bien definitorios para delicia del lector, logrando algunos perfiles inolvidables desde el punto de vista del retrato literario: el Lobo y el atrabiliario Diamante, el mendigo Guillotina, el ya mentado erudito Sorihuela o el zapatero Domingo Siete (para explicación de cuyo nombre evoca pormenorizadamente un cuentecillo popular: “El zapatero y las brujas”); sin olvidar la familia del juez, con Teresita, el amor fracasado del protagonista.

Hay que tener en cuenta que, a diferencia de Galdós, por ejemplo, que quiso pergeñar un retrato de la España decimonónica (vista principalmente como pueblo consciente) a través del latido vivo de su historia captado en la ficción; Baroja parte de un personaje cuyo movimiento y acción incansable le sirve de guía para proyectar la historia del mismo tiempo cronológico como una turbulenta, confusa y hasta disparatada bufonada en una caótica sucesión de avatares protagonizados por seres sin razón y sin meta, guiados al albur de su instinto. El resultado es un panorama convulso y agitado sin orden ni concierto, pues, como en todo, su radical escepticismo le hacía ver torpe movimiento donde otros (Hegel, el Cristianismo) veían racionalidad y destino. Cercano a la visión de Schopenhauer de la historia, más que una relación verídica de sucesos externos, escrupulosamente documentables, le interesa ese proceso interno, síquico que, en su voluntad de vivir, lleva a los hombres y a las masas a actuar.

¹⁶ Ob. Cit., p. 197.

¹⁷ Ibídem, p. 274.

II

La cruz de la moneda, es decir de aquella España fernandina de constitucionales y absolutistas enfrentada a cara de perro, puede leerse en **Memorias del alcalde de Roa**. Precisamente cuando el trienio liberal llega a su fin y se impone la más estricta reacción realista, Gregorio González Arranz, nativo raudense de familia hacendada, que a la sazón contaba 35 años, regía el municipio de Roa y cuenta por propia pluma su experiencia de aquellos años y los posteriores. No es ya la perspectiva fabulada de un novelista como Baroja, sino la memoria personal de quien, en la decadencia de la vida y el lejano amargor del exilio, pone en orden su vida para justificarse ante sus hijos.

Estas memorias, escritas hacia la mitad del XIX en la población francesa de Montaigne, no se escribieron con ningún afán literario y difícil tenían su publicación, pero si hoy se conocen es porque cayeron en manos de Sebastián Lazo en 1933 -un manuscrito de 700 páginas hallado en una almoneda de libros viejos en Lisboa- que se preocupó de darlos a la imprenta¹⁸.

Sin florituras ni maneras retóricas, el alcalde que fue de Roa a principios de 1820 y -tras el interín liberal- los años 1823 y 24 y durante apenas quince días en setiembre de 1837 -los que el pueblo estuvo bajo el dominio carlista en su fracasada incursión hacia Madrid- narra su vida en un ordenado, sentido y en ocasiones farragoso sucederse de peripecias y servicios a la causa fernandina primero y carlista después. Lo hace con humildad, a la pata la llana aunque muy dignamente, sin acritud. Tras la suma de sacrificios, multas, vejaciones, persecuciones, huidas y contratiempos de este recalitrante reaccionario para quien la legitimidad del rey y la religión lo merecen todo -su propia vida gastada en el empeño: los sinsabores y el que-

branto de la salud, el abandono de la familia y la clandestinidad, la pérdida de la hacienda, el exilio finalmente- se adivina un hombre de corazón grande y no un personaje de papel, no un héroe arriscado como Aviraneta, sino un villano lopesco leal y consecuente a machamartillo, víctima de la realidad histórica por más que se empeñó en verla de otro color.

Aunque ni el tono ni la intención de ambos libros es la misma, en los avatares y padecimientos de los dos héroes -precisamente por lo que tienen de oposición irreconciliable- se encuentra una muestra fehaciente de las grandezas y las miserias de la política española de aquellos años en que el Antiguo Régimen estaba dando sus últimas bocanadas. Las ideas liberales, progresistas del uno y la defensa a ultranza del orden absolutista y providencialista del otro son un magnífico escaparate para dilucidar las raíces del cainismo español que tanto se prolongaría a la postre hasta desembocar en la guerra civil de 1936, es decir, más de un siglo después, y aun con sus secuelas de una dictadura que auspició la sima entre vencedores y vencidos. Y, sobre todo, cómo se vivió en los pueblos castellanos cabeza de comarca, es decir, un poco grandes, aquella época de convulsión y de lucha fratricida que tenía a los pueblos en jaque continuo por su sucederse de alternativas y de contiendas y sobresaltos (derramas y gastos casi sin interrupción para sostener los destacamentos de uno u otro bando cuando acampaban en la villa, asaltos y quemas -el cura Merino primero y el general Balmaseda después, en 1840-, pillajes de soldados desertores que acababan de bandoleros, levas de sus mejores hombres, encarcelamientos y trabajos forzados para amurallar las villas, etc). Y la soltura y brillantez barojianas, siempre un poco impostadas, no son la pormenorizada y palpitante crónica del alcalde raudense, que particulariza nombres, fechas, lugares, y, por lo tanto, hace más viva y verídica la historia, es

¹⁸ Eduardo Alonso Aladro reedita la primera de Espasa Calpe en 1988. Lleva pie de imprenta en Roa. Es la que hemos leído y por ella citamos.

decir, ese lento y doloroso vivir del pueblo anónimo y sufrido. Su propia visión, particular y lacerada, le da pocas opciones al lector, y le pinta con esmero y eficacia el aire enquistado de violencia, arbitrariedad, malevolencia e imprevisibilidad en que se vivía. E igualmente las menudencias del gobierno municipal, de una justicia venal, de un clero dividido, del bandolerismo, la guerrilla y la milicia en aquella España. Y no ya sólo en las ideologías enfrentadas sino dentro del mismo carlismo, en cuyas filas González Arranz servirá antes del llamado abrazo de Vergara que puso fin a la primera guerra carlista.

Especial interés tienen las confesiones de primera mano sobre el prendimiento, la prisión, el proceso y la ejecución del Empecinado, en que González Arranz fue actor privilegiado¹⁹. Regente cuando le prendieron y le condujeron a la prisión de Roa -él a caballo le llevaba al militar exaltado de la maroma- y, ya relevado del cargo, como capitán del Batallón de Voluntarios que estaba de “jefe de día” en la jornada de la ejecución y al que, por tanto, le correspondió dirigir la operación de conducción del reo de la cárcel al patíbulo y la posterior inhumación. Para enterrarle eligió a 12 liberales íntimos del ejecutado y sepultó a este en una honda cavidad que requirió “muy cerca de treinta carros de tierra y piedras”. Este protagonismo en el apresamiento y ejecución del Empecinado -la sentencia fue gestionada por el corregidor Fuentenebro y firmada por su majestad el rey Fernando VII- le acarrearía la inquina y persecución despiadada de sus enemigos en adelante, fuera él ya del poder municipal.

Igualmente de interés son los apuntes en las filas carlistas a medida que se acercaba el desastre de estos auspiciado por la “traición” del general Maroto. A él le obligaría como a tantos

otros a buscar el destierro francés, de donde ya no volvió. Como muy bien dice el primer editor de estas memorias, la vida de este alcalde rural es la vida agitada y dolorosa de uno tantos hombres como “existieron por docenas en todas las ciudades, villas y aldeas de la sin par y caótica España”²⁰. Y, quiero añadir, sin grandes pretensiones ni audacias retóricas o reflexiones sesudas, una muy aprovechable lección de historia (aun en su restricción).

III

Y dando un salto, se llega al tercer libro, que desvela los acontecimientos arandinos finiseculares.

Cosas del siglo pasado se publicó en 1936 con pie de imprenta en Madrid, obra al alimón de los arandinos Adelfo Benito y Santos Arias de Miranda. En el subtítulo se presenta como “Apuntes para la Historia Contemporánea de Aranda” y en el capítulo primero, en el que se da razón de su escritura, se dice que tales apuntes se gestaron primero como recuerdos de tertulia y fueron publicados en el periódico local *La Voz de la Ribera*, periódico este de periodicidad semanal que nace en agosto de 1935 al servicio del Partido Agrario y el Ayuntamiento, en donde tal partido tiene representación mayoritaria. Bien recibidos por contertulios y lectores, reúnen tales recuerdos en libro para nostálgicos y curiosos.

Los propios autores proclaman su arandinismo con orgullo y preanuncian el tono optimista en su mirada al pasado que han de referir. Y, como falsa modestia o para curarse en salud, explican que ellos no son literatos y que no les preocupan las galas artísticas, y sí el reflejar con verosimilitud y justeza lo que vieron y vivieron. Adelantan también las fuentes de las que se han servido en estos apuntes que unos juzgarán -dicen- como “some-

¹⁹ Es una versión del todo contraria al mito del popular guerrillero y su final, tal como lo cuenta, por ejemplo, el mismo Pío Baroja en su obra *En los contrastes de la vida* (1920).

²⁰ *Ibidem*, p. 7.

ros” y otros como “trivialidades prolijas”: la propia memoria, los documentos de familia y el contacto y transmisión de otros testigos.

Adelantan también una curiosa estructuración, no exenta de humor, de su trabajo, pues dividen el contenido de los apuntes en tres grupos o bloques, muy desiguales ciertamente. El primero sería una rápida síntesis de la historia secular arandina, tomada de otros historiadores más concienzudos, hasta llegar al año 1885, “año del cólera”, que ellos tomarán como gozne y punto de partida de sus memorias. En el capítulo tercero se ocupan de ese año fundacional del brote del cólera, sus remedios y consecuencias, y los restantes capítulos hacen la crónica de los años que en realidad fueron de su niñez y juventud; es decir, las décadas que despiden y estrenan siglo, respectivamente.

Aunque el rápido recuento señala los hitos de los grandes hechos históricos y acaba con la mención de los arandinos ilustres, tanto civiles o militares como eclesiásticos, para justificar las memorias de las que ellos se hacen relatores aducen una teoría de la historia muy sensata, moderna y atractiva, propia del noventayochismo -viene a concordar con el concepto de “intrahistoria” de Unamuno y los hechos menudos de Azorín, y cuyo antecedente inmediato estaría en la teoría del protagonismo colectivo del pueblo expuesto por Galdós en *Los Episodios Nacionales*-. Dicen: “La Historia, es claro, que no se reduce a las páginas escritas con la espada, aunque sean las más brillantes. Se hace también en el mostrador, en los libros mayores, cultivando los campos, y, en general, en cualquiera de las actividades en que trabajando y cumpliendo el deber, se labora de conjunto por el bien de la Patria”²¹.

En los años inmediatos al “año del cólera”, es decir, la entrada en la década de los ochenta, cuan-

do los autores aun eran muy niños y tierna y endeble su memoria, el aspecto de la villa era “deplorable”. Mal pavimentadas la plaza y las calles, estrecho el puente sobre el río, la carretera polvorienta e incómoda, multitud de casuchas y corrales... El Aranda moderno y renovado estaba por venir: precisamente en estos años se levantó la primera casa moderna, la llamada de Mediavilla. Decisivo fue, en esta época, sin embargo, la llegada del Ferrocarril, que da al traste con la arriería y con las diligencias de viajeros, lo cual tendría su impacto en las posadas arandinas. Como más adelante, en el capítulo XI apunta, la presencia del tren tuvo su incidencia en la vida social, pues la llegada de los empleados de la Compañía trajo un aire más cosmopolita y más mundano²², y no en vano los trabajadores ferroviarios serían la levadura del Partido Socialista local, una cuña en la ideología de suyo tradicional de la mayoría agraria y comercial. También en el fin de siglo comenzaron a circular los primeros vehículos de motor. Nuevas posibilidades para la villa y sus habitantes en el comercio, el intercambio y los viajes.

El año 1885 fue el de la muerte del joven rey Alfonso XII y también el de los estragos del cólera en España y, como no podía ser menos, en Aranda. Tras dar detalles y anécdotas de la epidemia (85 defunciones en los tres meses decisivos), pasan en el siguiente capítulo a hablar de la enseñanza que ellos vivieron. Son recuerdos muy personales, anécdotas sin excesiva universalidad e interés, que apuntan más que cuentan. El narrar para una camarilla reducida, a la que se sabe cómplice, da al relato inmediatez y calor, aunque acecha el peligro de la trivialidad. Será la constante de todo el libro, aunque a veces sí que hay apuntes aprovechables de época, suficientes para dar una idea ajustada. En la crónica estudiantil de la Aranda de entonces, hay que mencionar al colegio de la Vera Cruz, de tanta solera y sinuosos avata-

²¹ *Cosas del siglo pasado*, Madrid, 1936, p. 14. Hay reedición de 2001, Burgos, Imprenta Diputación Provincial.

²² Ver MERCEDES LÓPEZ GARCÍA: “Un patrimonio en la Ribera del Duero: el ferrocarril Valladolid-Ariza 1895-1995”, *Biblioteca*, 10, Aranda de Duero, 1995, pp. 175 ss.

res a lo largo de más de cuatrocientos años²³. En él hicieron los relatores sus dos primeros años del bachillerato, pues fue el antecedente del primer Instituto Nacional.

Capítulos centrales del libro son los dos -el quinto y el sexto- dedicados a contar el inicio de las fiestas arandinas finiseculares y a hacer un recorrido por las calles principales en un repaso animado y exhaustivo del comercio, la mercadería y los viejos oficios. Con viveza y abigarramiento se despliega ante los ojos del lector todo el trajín de esa mañana de un 8 de setiembre pórico de las fiestas arandinas: el colorido del mercado y el gentío, con la abundante presencia de los forasteros que acuden de los pueblos. Uno por uno son nombrados los comerciantes y vendedores, con sus apodos y diminutivos o derivaciones familiares, al igual que los menestrales. Calle por calle es conducido el lector como si allí en sus comercios, figones y tabancos estuvieran esperándole ante el género y en plena faena. Todavía se agrupaban en las calles por gremios: partiendo de la plaza con el mercado, se sube por la Miel, tomada por los zapateros, luego la de las Boticas y el tipismo de la siempre concurrida plaza del Trigo, con el ajetreo de carros que cargan y descargan grano y la casa del *Zaborro*, célebre por los suculentos asados de su horno. En la calle de Isilla abundan los boteros. Saliendo por el Arco, las posadas. Vuelta por la puerta Nueva a la Alojería y, de nuevo, la plaza mayor, donde a las doce tiene lugar el cañonazo que inaugura las fiestas: el pueblo anda enfrascado en sus quehaceres, como un día laborable más; son los munícipes quienes ofician la ceremonia de entrada, ante la expectación de la chiquillería y los jóvenes sin ocupación, los llamados “pollos” que aún huelgan antes de irse a sus estudios a institutos y universidades foráneas. Por la tarde se subía a la ermita, para la liturgia mariana y el baile nocturno.

En resumidas cuentas, una panorámica amenísima, variada, bullente, poblada de gentío, sensualidad y animación. Al hilo del recorrido y la distribución de establecimientos, talleres, casas y lugares, se trufan anécdotas, hablillas y retratos de personajes populares de los que hoy sólo queda ese cúmulo de palabras con que fueron trazados: auténticos tipos que escanciaban la vida entre el aguante, la resignación y la bonhomía. Y se recorren cuadros puntuales, como los ciegos explicando los romances de crímenes y sucesos en sus cartelones desplegados o el pregonero desgranando con ritual empaque la cantilena de algún bando municipal.

De la infancia igualmente se rescatan, desde el dulzor que dejaron sus vivencias, el chocolate casero y artesanal, la matanza y las vendimias. Los días de vendimias, a finales de siglo, antes de que la filoxera asestase su hachazo a la privilegiada producción vinícola de la Ribera, eran toda una fiesta que animaba campos y caminos con los cantares y la algazara de las cuadrillas. Esta tenía sus rituales, entre los que no era el menor las costumbres culinarias y la llegada de mozos de la sierra. Con ellas, los lagares y la venta del vino, que se evocan con todo detalle en cuadros llenos de visosidad: los fornidos mozos haciendo “la tira” o acarreo de vino en los pellejos, y las criadas mozas esperando ante la tabernilla para llenar sus jarros para la comida, con su vestimenta típica y su ocurren conversación.

No faltan otras noticias puntuales como la traída de la luz eléctrica a la villa, cuya primera iluminación tuvo lugar el primero de abril de 1895 en la plaza mayor, o la creación de la primera banda de música, a la que siguieron otras más; o la puesta en marcha de la primera Guardia municipal y el pavimentado de las calles principales. Todo ello se da con desparpajo y menudeo, eclipsando muchas veces la hojarasca

²³ Ver INOCENCIO CADINANOS BARDECI: “El colegio de la Vera Cruz, una importante fundación docente en Aranda de Duero”, *Biblioteca*, 9, Aranda de Duero, 1994, pp. 23-35.

anecdótica casi la noticia en sí, en su importancia de fecha o acontecimiento histórico.

En esta aparente selva de unas memorias que quieren ser cercanas y familiares y cuyo interés, creen sus autores, reside en la complicidad de sus lectores, con quienes quizá sólo pretenden revivir el tiempo pasado, la ocasión perdida, el historiador actual puede espigar datos siempre valiosos para reconstruir una época, su halo difuso pero cierto, los cambios perceptibles. En absoluto desdeñable es la serie de retazos y apuntes costumbristas que en un sitio y otro se van dejando para futuros etnólogos y folkloristas. El capítulo X se hace eco suficiente de los carnavales, muchos de cuyos rituales coinciden con los que tan magníficamente describió y explicó el maestro Caro Baroja y que de no leerlos parecerían algunos de ellos inexistentes por estas tierras, tales como la vaquilla o los que araban y sembraban con la yunta, de ancestral arraigo antropológico. Otros serían más explicables y acomodaticios como los atavíos de chicas “serranas” y chicos “valencianos” o “murcianos” en el baile, las bromas de las cuadrillas de “beatas”, los disfraces convencionales o el hombre del higo. Aunque matizan que aquellos carnavales no se distinguían ni por lo artístico ni por la animación, sí que concurridos eran los bailes nocturnos, pues todos, enmascarados o no, bailaban la rueda. En cambio, el Entierro de la Sardina, abierta parodia anticlesiástica más propia de las ciudades, apenas se conocía en Aranda a no ser cuando los republicanos se atrevían a representarlo ante el repudio de una población tradicionalmente respetuosa.

En cuanto a la Semana Santa, se recuerda a aquellas muchachas de los pueblos vecinos que durante la Cuaresma llegaban ataviadas para cantar con finalidad petitoria cantos alegóricos hoy ya olvidados como “El reloj”, “La baraja” o “El arado”; igualmente la afición al juego de las chapas la tarde de Jueves Santo en las huertas y la bajada del Ángel el Domingo de Resurrección. Se hacen

también cargo de las bodas, que proliferaban en primavera según era costumbre inmemorial proclamada ya de antiguo en canciones y romances populares, y de las sonoras cencerradas que se prodigaban sin miramientos y hasta con saña a los viudos²⁴.

De pasada se hace referencia a la costumbre infantil de ir los niños de las escuelas con sus cruces el día de San Marcos al santuario de la Virgen cantando las letanías para luego comer la tortilla en el soto; también a la de bailar la Reina Elena el día de la Cruz o tocar el carracón para anunciar las tinieblas. Y no exclusivamente infantiles, el ir el día de san Juan a ver salir el sol en cuadrilla o a romerías de San Isidro y San Pedro y a los pueblos vecinos en el buen tiempo. Por desaparecidas dan las comidas de funerales y los danzantes que recorrían las calles trenzando las cintas o haciendo el castillo, cantando los típicos “lazos” que aún preservan en algunos lugares. Más por lo menudo representan el cuadro de una fiesta de cofradía de barrio: los labradores de extramuros celebrando a la Virgencilla, que tenía su ermita, con misa y sermón y procesión, refresco y vuelta al pueblo con los gaiteros.

Precisamente los bailes tienen también su interés, en su evolución a lo largo del tiempo. En el paseo de la Acera, los domingos por la tarde artesanos y labradores bailan “la rueda” al son de la gaita. Con la llegada de la banda de música, la dulzaina decae y con ella los bailes populares, buscándose lugares cerrados en donde se imponía la moda del pasodoble y las habaneras.

A lo largo de todo el libro se espolvorean coplas y cancioncillas de la invención popular que resumen con gracejo los sucesos y las modas en la convivencia y con mucha frecuencia se salvaguarda conscientemente el léxico tradicional del acervo lingüístico arandino: el infantil de los juegos, el vitivinícola de vendimias y lagares o el

²⁴ Ver FERNANDO LÁZARO PALOMINO: “Tradición y folklore en la Ribera del Duero”, *Biblioteca*, 12, Aranda de Duero, 1997, pp. 245-269.

de la matanza, con palabras hoy en su mayor parte arrumbadas por el viento del progreso que ha postergado los usos de esas costumbres. ¿Quién recuerda lo que es “encordelar la trompa”, el “somarro”, los “obispos” o los “gurrutaños”?²⁵.

Atentos andan asimismo a las modas del vestir, y refieren la evolución de los vestidos y las presencias en no pocas ocasiones. Describen al pormenor el atuendo con que se hacían notar los forasteros de los pueblos vecinos en las fiestas de setiembre, las piezas sobrepuestas de las criadas jóvenes a diario o el atavío de fiesta de las mujeres castizas, así como el atildamiento de los “pollos” locales. No falta el traje típico de las bodas, que era “negro el de ella, con mantilla de raso, en la que lucía una cenefa de terciopelo de una cuarta de ancha”, y el de él negro también, más un sombrero ancho del mismo color, un chaleco de terciopelo o felpa, rameado de flores, y la capa, prenda de suma importancia que no podía faltar, pues antes se posponía la boda que se presentaba el novio sin tal pieza. Era ésta “larga, ampulosa, con esclavina, muy cumplida y de un color pardo”, y lo mismo se usaba esta prenda en el calor del verano que en los rigores del invierno²⁶.

Aparte los motivos de la fiesta popular, como los bailes, los toros y algunas novilladas sonoras de esos años, las compañías de cómicos que visitaban el pueblo, los títeres y atracciones de feria, tienen buena cuenta en legitimar las diversiones burguesas que en esos años adquirieron pujanza en forma de Sociedades de Recreo. Hacen mención de El Casino Artístico, el Círculo Ribereño y, sobre todo, de La Tertulia Arandina, la primera que se fundó en 1848 y a la que los autores

desde muy jóvenes pertenecieron. Acudían a ella los principales de la villa, la clase prestigiada, y era su destino organizar el ocio de sus socios con pasatiempos honestos y conformes a su clase y dedicación: lectura de periódicos y revistas, juegos que no fueran de azar (artículo que se saltaban a la torera), servicio de bebidas o ambigü. Era este tipo de agrupación, podemos decir, la réplica ilustrada, moderna, de las cofradías del Antiguo Régimen, de las cuales conservaban los funerales por los socios. En sus amplios y confortables salones cada edad pasaba el tiempo a su modo y en ella había bailes de sociedad en fechas destacadas y bailes de moda para los más jóvenes. En 1883, precisamente para agilizar el baile de la juventud surgió la Sociedad Filarmónica. Y de los socios jóvenes de la Tertulia surgió la iniciativa para la fundación del Asilo.

No menor interés, desde el punto de vista anecdótico y literario, tienen la serie de tipos que hacen desfilar en sus páginas los autores, representantes conspicuos de la Aranda finisecular. Se dan pormenores de los alcaldes que rigieron el Consistorio esos años y se comentan las hazañas en la guerra de Cuba de dos arandinos esforzados: el capitán Maximino Requejo y el carmelita Padre Miguel, pero también de personajes populares llamativos y peculiares. Bastaría citar dos: Juanillo, el conserje de la tertulia, todo un carácter, y el pregonero del vino, el tío Fraile o tío Pulecho, que de ambas formas se le conocía. Así evocan a este hombre “de mediana estatura, más bien bajo, delgado y mimbreño, de facciones correctas”:

Avanzaba por cualquiera de las calles a pasos menudos, semejando el saltar de un pájaro

²⁵ Sobre el léxico localista arandino pueden verse la tesis de licenciatura maquinauscrita de Reyes Arenales de la Cruz: *Habla rural y habla urbana en Aranda de Duero*, Universidad de Salamanca, Facultad de Filología, 1979 (se guarda copia en la Biblioteca Municipal de Aranda de Duero) y el artículo de María del Carmen Collantes Collantes: “Léxico rural en regresión. Sondeo entre estudiantes de Aranda y La Ribera”, *Biblioteca*, 7, Aranda de Duero, 1992, pp. 135-145.

²⁶ *Cosas del siglo pasado*, p. 144.

ro. Una vez llegado al sitio en que hubiera de lanzar un pregón, buscaba un lugar que se destacara del resto, algo así como un montón de tierra, una piedra, escombros de alguna obra y subido en él, echando atrás la cabeza, y puesta la mano en la boca a modo de tornavoz, lanzaba al aire su pregón, fuerte, vibrante y seguido, como el canto desafiador del gallo, ¡Se vende... vino ja!...; aquí alguno de los que le escuchaban, casi ya por costumbre, le preguntaba también a grandes voces, ¿Dónde?, y el tío Fraile, como si no le biciera caso, sin abandonar el tono del pregón, le respondía en el... de tu madre, (aquí una frase que hizo célebre el tío Ligaterna), y continuaba diciendo la taberna y el precio. Una vez que había concluido su pregón, descendía desde su improvisado púlpito, y dándose una palmada en la nalga derecha, y media vuelta rápida sobre el lado contrario, se alejaba diciendo, ¡de rechupete, superior! Se nos olvidaba decir como detalle, que tenía una calva enorme, cubriéndola con un pañuelo de hierbas anudado por detrás y dejando caer las puntas hasta la mitad de la espalda²⁷.

Estamos ante un libro que sigue la estela del costumbrismo, género que brotó con fuerza en el romanticismo y que gozó de gran popularidad en el siglo XIX, pues no en vano, al decir de los expertos, es por sí mismo el género peculiar de este movimiento literario decimonónico. Si bien sus raíces parecen retrotraerse al XVII, con los libros epigonales de la picaresca y aquellos otros de Juan de Zabaleta y Francisco Santos que pretenden ser crónicas de época de Madrid, y empezó a madurar en el XVIII con el nacimiento de periódicos y revistas, Larra, Mesonero Romanos y Estébanez Calderón lo llevarían al culmen en la tercera década del XIX. El libro

sobre Aranda aparecerá un siglo después, pero aprovecha bien los materiales y enfoques de todos aquellos libros que quieren recopilar los recuerdos, el aroma del ayer en los pueblos y sociedades para que el paso de tiempo no los borre del todo y deje en la memoria de las generaciones una página en blanco. Buscan el latido particular, el pintoresquismo, y adoptan el tono conmemorativo, blando, amable, agradecido, de charla familiar y complaciente, sin sátira ni acritud, sólo la leve neblina de la nostalgia que empaña el recuerdo.

Los autores no pretenden otra cosa que evocar el pasado, rescatar la Aranda de sus recuerdos de niñez y juventud, salvaguardarla del olvido. Cierran las puertas a todo lo que sobrepase la primera década del siglo XX, y no ocultan la razón: la política ha envenenado España y en esos difíciles años de la República -es ya inminente la guerra civil, el pie de imprenta del libro es de abril de 1936- la convivencia en Aranda, el enfrentamiento entre derechas e izquierdas no es menos real²⁸. No quieren juzgar hechos recientes o poner nombre a la actualidad. No quieren entrar en política, tan resbaladiza, y más en aquellos años. Uno de los autores, Santos Arias de Miranda, había ostentado importantes cargos políticos, había sido diputado en Cortes; el otro, Adelfo Benito, es industrial de la plaza. Por eso cierran así el libro:

Quisiéramos que no se levantaran en señal de lucha puños cerrados, ni manos extendidas, que tratándose de arandinos, no hubiera más que brazos abiertos para recoger en ellos al hermano que lo necesitara y pensando todos en nuestro pueblo y en su bien, no se gritara más que ¡¡VIVA ARANDA!!²⁹

²⁷ *Ibidem*, pp. 99-100.

²⁸ Ver MERCEDES DÍAZ-PLAZA RODRÍGUEZ: "Política y sociedad en Aranda durante la República (1931-1936), *Biblioteca*, 10, Aranda de Duero, 1995, pp. 189-208.

²⁹ *Ibidem*, p. 206.

